

El lugar
donde mueren
los pájaros

Tomás Downey

LAUREL

Manejando bajo la lluvia, veo adelante una cosa marrón y arrugada en medio del camino. Creo que es un animal. Siento tristeza por él y por todos los animales que he visto en el camino y al costado del camino. Cuando me acerco, descubro que no es un animal sino una bolsa de papel. Entonces hay un momento en que mi tristeza de antes sigue ahí junto a la bolsa de papel, así que parece que siento tristeza por la bolsa de papel.

Lydia Davis, «Ejemplos de confusión»

Hermanas

Julia lleva el querosene y los trapos, Camila el cuchillo. Andrea es la más rápida y va a atrapar el lechón. Es martes y acaban de salir del colegio, hace semanas que fijaron el día, semanas de repasar los detalles para que cada paso tenga significado. Caminan apuradas por el costado de la ruta y los yuyos les arañan las piernas. Hay un olor picante, a zorrino. Las tres llevan el pelo atado con retazos de tela negra que le sacaron a su madre.

Llegan al campo de los Acevedo, saltan el alambrado y corren para el lado de los chiqueros, se esconden detrás del galpón. Camila se asoma para asegurarse de que no haya nadie. A esta hora los hombres están en el campo, las mujeres hacen las compras en el pueblo o buscan a los chicos en la escuela.

El chiquero está a cien metros. Ahora, dice Camila, y las tres corren hasta la tranquera, se agachan. Julia frunce la nariz e imita el ronquido de los chanchos. Camila y Andrea le contestan y los ronquidos se convierten en carcajadas.

Cuentan diecinueve lechones. Por ahí no se dan cuenta si falta uno, dice Julia. Camila dice que no, están todos contados pero igual no importa.

Andrea se saca las ojotas para no perderlas. Salta la tranquera y siente el barro pastoso entre los dedos de los

pies. Dos chanchas enormes, las ubres pesadas, la miran de reojo desde el comedero. Los lechones corren todos juntos, se aprietan contra el alambrado del fondo. ¿Cuál?, pregunta Andrea a sus hermanas, y Julia señala a uno más pequeño que los otros, un macho. Tiene un borrón negro en el hocico y parece desorientado en medio del corral.

Andrea se acerca y en el primer intento se le escapa. Resbala y cae al barro. Los lechones se dispersan y chillan. Andrea mira a sus hermanas desde el piso y levanta los brazos embarrados, gruñe como el monstruo del pantano. Julia suelta una risa nerviosa, se tapa la boca. Camila dice dale, apurate.

Andrea se pone de pie y las chanchas le gruñen sin dejar de masticar. Ve a su lechón apretado entre los demás, la mancha en el hocico, los ojos desorbitados que miran al frente. Se acerca y cuando los otros corren le bloquea el paso, lo encierra contra los comederos y lo agarra de la cola justo antes de que se le escape. Lo alza y el chillido la aturde, le aprieta el hocico. Julia y Camila miran alrededor, el campo está quieto. Dos benteveos levantan vuelo desde una higuera.

Andrea se mete el lechón dentro de la remera. Siente la piel lustrosa, caliente, y una humedad tibia que le baja por la panza y le moja la ropa. Se hizo pis, les dice a sus hermanas mientras la ayudan a saltar la tranquera.

Corren hacia el monte mientras el cielo se oscurece. Andrea aprieta el lechón contra su pecho, lo siente latir, siente el viento fresco en el surco que dejan sus lágrimas.

Llegan al primer cordón de árboles y descansan un momento, respiran el aire seco que viene del campo. El lechón asoma el hocico por el cuello de la remera de Andrea, la huele y le hace cosquillas.

Caminan hacia el centro del monte y Julia acomoda los trapos viejos sobre la tierra. Camila saca el cuchillo. Andrea y Julia apoyan el lechón boca arriba, la piel del vientre parece traslúcida; lo agarran de las patas para que deje de sacudirse y lo aprietan contra el piso. Camila mira a sus hermanas y ambas asienten.

El lechón abre la boca y suelta un último grito que se extingue, sin aire, cuando Camila hunde la hoja a la altura del estómago. Abre un tajo hacia arriba y atraviesa los huesos jóvenes del esternón, flexibles como ramas verdes, que ceden y se astillan. El animal patalea por reflejo una vez más, luego se queda quieto, la boca abierta y la punta de la lengua que cuelga a un lado.

Camila agranda el tajo con el cuchillo, saca los intestinos, hunde las manos y las empapa en sangre. Andrea se acerca, cierra los ojos y aprieta los labios. Siente las manos tibias untándole la cara.

La piel de Julia, más clara, se tiñe de un rojo vivo que rápidamente espesa y se vuelve oscuro.

Camila, por último, se pinta a sí misma, esparce la sangre hasta cubrir cada sector.

Se agarran fuerte de las manos dibujando un triángulo alrededor del lechón, se miran. Los ojos blancos en las caras rojas. Andrea y Julia lloran y las lágrimas se

empastan con la sangre. El sol empieza a bajar, la luz se cuela horizontal entre los árboles, es hora.

Buscan ramas y hojas secas, arman una pira y envuelven el lechón con los trapos. Lo acomodan de costado como si durmiera. Camila empuja la lengua hacia dentro, le cierra la boca. Andrea lo empapa en querosene, prende un fósforo y lo cubre ahuecando la palma de la mano. Las tres dan un paso atrás.

El fuego prende y se propaga despacio, pero de repente sube con impulso hasta chamuscar las hojas de una rama. Las tres sienten el calor en sus máscaras resacas, el olor a carne quemada. Las llamas lamen la corteza de un árbol y la piel del lechón se contrae, se hincha en ampollas que enseguida revientan.

Salen del monte y corren a la acequia. Es apenas un hilo de agua que viborea sobre el barro, pero se forman algunos charcos que les alcanzan para lavarse. Se sacan la ropa sucia y Camila se acerca a Julia, pasa un dedo por las cicatrices rugosas que le cruzan la espalda.

Se lavan con jabón blanco. El pelo de los brazos está duro y tienen que tirar para arrancarse las costras de sangre coagulada. Se frotan y raspan la piel de la cara, se ayudan con las uñas.

Esperan escondidas detrás de unos pastizales, hechizadas por el fuego que cruje y crece. Una camioneta levanta polvo por el camino; del otro lado, desde los campos, un grupo de hombres se acerca corriendo. Los ven gritar pero no los escuchan, los silencia el chasquido de las llamas.

El sol se pone. Nos tenemos que ir, dice Camila, y las tres vuelven en sí, se visten, caminan por la acequia en dirección al pueblo. Saltan el alambrado, cruzan la ruta por el puente y se quedan un momento mirando los autos que pasan, camino a algún lado. Julia pregunta si va a funcionar y Andrea la abraza. Camila dice sí, esta noche, mientras duerme.

Comen con su madre, que apenas habla y ni siquiera pregunta por qué volvieron tarde. Se acuestan las cuatro juntas en la cama grande de la única habitación. Pero las hermanas no duermen y unas horas más tarde escuchan la puerta, el balbuceo pastoso de su padre que habla solo, el cuerpo pesado que cae en el catre del comedor y el chispazo de un fósforo. Con los ojos cerrados, las tres imaginan la mano que cae rendida, la brasa del cigarrillo sobre el colchón. O quizás lo sueñan, porque de repente las despierta el humo. Sacuden a su madre por los hombros y salen tosiendo por la ventana de la habitación.

La casa arde y el techo se desploma. Algunos vecinos se acercan corriendo, preguntan si adentro hay alguien. Las tres hermanas rodean a su madre, que se cubre la boca con las manos. El fuego le brilla en los ojos abiertos.

Variables

Los informes eran eternos. Viabilidad, posibilidades de inserción de producto, indicadores de desempeño. Silvana escribía, copiaba, pasaba de una pestaña a la otra y de planilla en planilla. Luchi jugaba en el piso, pero cada cinco o diez minutos se le daba por gatear hacia la cocina. Ella veía el movimiento por el rabillo del ojo y se paraba, terminaba de cargar un dato inclinada sobre la computadora, dejaba a Luchi otra vez en el centro del comedor y seguía trabajando.

Pero todo cambiaba demasiado rápido. Luchi empezó pronto a pararse y Silvana perdió ese segundo adicional en el que terminaba de cargar el número en la celda correspondiente. Se caía de boca y empezaba a gritar antes de que ella atinara a levantarse. Había que salir corriendo en el instante en que apoyaba los bracitos en el piso y alzaba la cola, estiraba las piernas. Después, el cuerpo desproporcionado y torpe se elevaba con un empujón, el torso se bamboleaba y buscaba el equilibrio que la mayoría de las veces no conseguía. Silvana llegaba justo en ese instante, cuando la inercia de ese movimiento oscilatorio empezaba a arrastrarlo de nuevo hacia el piso. Peor iba a ser cuando pudiera caminar hasta la cocina, que tenía estantes abiertos en lugar de alacenas.

Tendríamos que hacer algo con eso, le decía a Juan por las noches. Y él respondía sí, este domingo, o el próximo. Pero el tiempo pasaba y nunca encontraban el momento.

En la semana, él volvía tarde y traía comida de la rotisería de la esquina. Silvana trabajaba hasta última hora, aprovechaba cada minuto para avanzar todo lo que pudiera. Tenía pequeñas rutinas que le permitían maximizar el tiempo. Nada más placentero que las acciones encastraran perfectamente una con otra. Ni bien escuchaba el ascensor terminaba de cargar los últimos datos, corría a abrir la ducha y volvía al comedor a saludar a Juan, justo en el momento en que él abría la puerta. El calefón tardaba noventa segundos en calentar el agua. Silvana se sacaba la ropa en el comedor mientras él alzaba a Luchi y le daba besos en la panza. Luchi se reía, levantaba los brazos; y a ella le quedaban treinta segundos para sacarse las medias sin apuro y sonreír, siempre con un dejo de incredulidad ante ese breve rito familiar.

Después de besar a Juan, Silvana dejaba su ropa sucia en el canasto del baño y se daba una ducha de exactamente diez minutos. Primero se sentaba para que el agua caliente le diera en el cuello mientras se ponía el shampoo y se masajaba la cabeza. Siempre estaba contracturada porque no podía mantener la postura que le había enseñado el kinesiólogo: la cintura pegada al respaldo, la columna recta, los hombros derechos. Sin darse cuenta, terminaba siempre con las piernas cruzadas, torcida e inclinada sobre la computadora.

Mientras se bañaba, Juan entraba con Luchi y le contaba cosas, hacía preguntas que ella respondía con monosílabos. Era el único momento en que estaba sola y prefería no tener que hablar con nadie. A veces le daban ganas de pedirle que se callara, pero no quería ser descortés. Ante la falta de interacción, él salía sin necesidad de que lo echaran y se iba a sacar lo que había dejado en el horno. Era cuestión de equilibrio, para balancear había que quitar de un lado y poner en el otro. Silvana estaba satisfecha con que las cosas fueran de esa manera.

Al menos, decía siempre él, podés trabajar en casa; no sabés lo que extraño a Luchi estando todo el día afuera. Ella levantaba la cabeza confundida. No sabía qué responder, nunca se había quejado. No le molestaba su trabajo, al contrario. Claro que era agotador, pero de eso se trataba: trabajar, cansarse, descansar, empezar de nuevo. Suponía entonces que Juan la veía ojerosa, o pensando siempre en algo más; que eso era lo malo, la causa del «al menos». Y recordaba la respuesta correcta: estoy bien, te prometo que voy a estar más presente. Él, sin dejar de darle de comer a Luchi, la miraba y sonreía. Estar más presente, se repetía ella en silencio.

Una mañana levantó la cabeza de su computadora y vio los juguetes abandonados en el centro del comedor. Miró alrededor, sobresaltada. Escuchó un ruido de vidrios rotos en la cocina y corrió hacia allá. Luchi estaba

a punto de caer al piso sobre los restos filosos de una copa de vino. Sintió el cuerpo tibio y escurridizo que pataleaba. No supo si los latidos acelerados eran de ella o de él. Volvió al comedor con Luchi a upa y se acercó a la computadora. Miró lo último que había escrito: «estimativ». Agregó la «o», guardó el documento mientras Luchi le agarraba la nariz como si fuese algo que pudiese arrancar y llevarse a la boca. Silvana hizo un movimiento brusco y él rezongó, amagó con llorar. Ella miró hacia la izquierda, vio el balcón. La baranda medía un metro de alto y tenía un enrejado fino, no había peligro.

Cuando cerró la puerta, Luchi se puso a llorar. Golpeó el vidrio con las manos y con el mismo impulso cayó hacia atrás, abrió la boca y frunció los ojos. Silvana le sacó la lengua y volvió a su pantalla, presionó *enter*, revisó una pestaña del navegador, seleccionó un número de doce cifras, lo copió, volvió a la planilla. Pegó el número en una de las celdas y Luchi volvió a golpear el vidrio. Silvana cotejó el dato en voz alta mientras giraba la silla para que el balcón quedara a sus espaldas.

No se dio cuenta de que había bajado el sol, pero sí de que estaba por llegar Juan porque su estómago empezó a gruñir de hambre. Se dio vuelta y vio a Luchi con dos dedos dentro de la boca, mirándola fijo. Abrió la puerta corrediza del balcón y le dio un beso en la mejilla. Escuchó el ascensor.

Juan entró y lo recibió el ruido de la ducha. Ella se acercó a saludarlo, le dio un beso mientras le alcanzaba

a Luchi. Dale un poco de zapallo que a la tarde no quiso comer, dijo, está en la heladera.

Mientras cenaban, él preguntó si lo de los dedos era nuevo. Ella levantó la cabeza del plato y miró a Luchi. No sé, dijo, unos días, o un par de semanas.

En invierno no lo iba a hacer, ni hacía falta decirlo, pero mientras siguiera el calor era un buen lugar. Y tampoco era todo el día. Seis horas, a lo sumo, cortando un rato en el medio para darle de comer. Seis horas corridas para trabajar sin interrupciones, sin tener que vigilarlo constantemente. Calculó que podía incluso duplicar el ritmo de trabajo.

A los pocos días se hizo obvio que así avanzaba más rápido. Nada cortaba esas rachas en las que podía pasar hasta tres horas sin tomar un sorbo de agua, sin quitar la vista de la pantalla ni una vez. En una semana, casi la mitad del tiempo que demoraba hasta entonces, terminó un informe de los más complejos. Su jefe le escribió para felicitarla y le informó que iban a reasignarle las aerolíneas. Antes de la licencia por embarazo habían sido su especialidad.

Esa misma noche, Juan propuso contratar a una niñera, alguien que se ocupara de Luchi para que ella pudiera trabajar tranquila al menos unas horas. Silvana lo miró enojada y dijo no, sin ganas de explicarle que las cosas funcionaban en base a rutinas y equilibrios, que justo ahora que empezaban a acomodarse sumar un nuevo factor a la ecuación implicaría un nuevo desajuste.

Hasta Luchi empezaba a acostumbrarse. Parecía disfrutar del aire libre. Silvana había limpiado el piso y le ponía colchonetas, que se ocupaba de sacar antes de que volviera Juan. Lo de los dedos en la boca se había vuelto constante, pero tal vez fuera otra cosa, no había forma de saberlo.

Una tarde llovió. Silvana estaba tan abstraída, de espaldas a la ventana, que tardó un rato en darse cuenta. Aunque enseguida le dio un baño caliente, Luchi se resfrió igual. Se ahogaba todo el tiempo y ni siquiera se daba cuenta de que sin los dedos en la boca podía respirar mejor. Silvana se impacientó y tiró del bracito, pero Luchi se sostuvo una mano con la otra, forcejeó. Con la boca tapada y la nariz con mocos, empezó a agitarse por el tironeo y a llorar. A Silvana le pareció que los labios se le ponían azules y se asustó. Lo llevó al pediatra, que recomendó hacerle nebulizaciones. Pero todo llevaba mucho tiempo: tenía que sostener la mascarilla, cantarle lo de saco una manito, la hago bailar. Se sentía una idiota.

Trató de hacerlo frente a la computadora, con Luchi sobre una rodilla, balanceándose y sosteniendo la mascarilla con una mano mientras escribía con la otra. Pasaron tres o cuatro días y Luchi no mejoró. Esa tarde, Silvana guardó ropa que Juan había traído el día anterior de la tintorería y vio el cinturón del salto de cama, que era de seda.

En la sillita, con los brazos atados a los costados y la máscara puesta, podía dejarlo un buen rato. Al principio Luchi trató de zafarse, pero al final se resignó. Era como una masa inquieta que había que contener, ese era el concepto en la mente de Silvana. Solo había que estar atenta e impedir que rebalsara. Cuidarlo no difería mucho de sus informes. Y eso era algo que ella sabía hacer, algo en lo que era muy buena. Recibía la información que le mandaban todos los días, miles de cifras que iban acumulándose en su casilla de correo mientras ella las clasificaba y distribuía en sus planillas, impidiendo que se amontonaran al punto de superarla.

Luchi terminó de curarse. Los días se pusieron lindos de nuevo. Juan llegó una noche con unas macetas con flores para colgar de la baranda del balcón. A Silvana le molestó, no le gustaban las cosas nuevas, pero fingió una sonrisa, dijo gracias y prometió regarlas.

En los primeros días de otoño siguió el buen tiempo. Con un abrigo liviano, Luchi iba a estar bien. Para ese momento ya se paraba con confianza, estaba cada vez más alto y caminaba de acá para allá, incluso había empezado a balbucear y parecía entender cuando le hablaban. Era casi una persona.

Las flores ya estaban secas. Una tarde, Luchi se puso en puntas de pie, manoteó una de las macetas y la tiró al piso del balcón. Silvana vio el desorden, pero estaba en

pleno malabarismo con los números y se dijo que era lo mismo limpiarlo en ese momento o más tarde. Después de jugar un rato con la tierra y las flores despedazadas, Luchi levantó una maceta, estiró los brazos hasta llegar a pasarla por la baranda y la dejó caer al patio de abajo. Era de plástico duro y el estruendo subió con eco por el pulmón de manzana.

Silvana salió al balcón. La vecina la miraba desde el balcón de al lado. ¿Te parece?, preguntó la mujer con tono de reproche y suficiencia. Ella no respondió y levantó a Luchi, que tenía las manos llenas de tierra y al meterse los dedos en la boca se embarraba la cara. Puso a llenar la bañera y barrió como pudo con él aupa.

Cuando sonó el timbre, Silvana estaba en el baño. Escuchó que Juan abría la puerta y hablaba con alguien. Cerró la canilla y él entró, la miró mientras se secaba, preguntó si era cierto lo que decía la vecina.

Silvana siguió secándose como si no hubiera escuchado. Él fue hasta el comedor con Luchi en brazos y salió al balcón. Ella lo escuchó decir es cierto, me dijo que Luchi tiró la maceta y ahí está. Envuelta en la toalla, se acercó. Juan se volvió para hacerle frente. No entiendo, dijo, ¿hacés siempre eso?, ¿se queda en el balcón todas las tardes?, ¿desde cuándo?

Ella buscó una respuesta lógica, una que solucionara el asunto y restableciera el equilibrio. Como ante el aturdimiento que le provocaban algunos informes, se dijo que la solución era resolver una variable por vez. Juan sacudió

la cabeza, decepcionado. Silvana cerró la puerta corrediza con un movimiento rápido. Escuchó el clic de la traba justo cuando él estiraba el brazo para tratar de frenarla.

Dale, abrí, dijo Juan, y golpeó el vidrio con suavidad. Ella no contestó, no pensó. Alternaba la mirada entre él y Luchi, que tenía los dedos en la boca, la cabeza apoyada en el pecho del padre. Dale, Silvana, no me hagas enojar. Ella miró hacia el costado, hacia la tira de la persiana. Una acción, y luego otra, detenerse a pensar era dejar que las cosas se le fueran de las manos. Juan estaba muy cerca del vidrio y tuvo que dar un paso atrás para que las hojas de madera no le pegaran en la cabeza.

Los golpes en la persiana la distraían. Estaba terminando un informe urgente que podía mandar esa misma noche. Era para una aerolínea, el primero que le encargaban, que quería expandirse con cincuenta rutas nuevas. Cada aeropuerto con su código, las zonas horarias, las monedas. Cada dato era la parte ínfima de un todo, que en su mente se iba hilando sin que ella interviniera, como si fuese una especie de médium.

A los golpes se sumó el timbre. Silvana se llevó la computadora al cuarto de Luchi, que tenía una mesa con una sillita haciendo juego. Cerró la puerta y se sentó con las rodillas hacia un costado. La posición le hacía doler la espalda pero estaba demasiado concentrada para darse cuenta.

Lo único que interrumpía ese flujo perfecto eran los ruidos. No podía desaprovechar esa inercia. Levantó la

cabeza y vio sobre un estante los tapones de silicona que le ponían a Luchi cuando le daba otitis. Empujó uno en cada oído y apretó. Por un segundo, sin dejar de trabajar, ensayó vagamente un diálogo con Juan: a partir de ahora iba a dejar a Luchi en su habitación, le iba a comprar juguetes nuevos; el balcón quizás no fuera lo mejor.

Faltaba poco, una hora como mucho. Nada era tan satisfactorio como cerrar una planilla, adjuntar el documento, poner Versión Final en el asunto y enviar. Los gritos quedaron en segundo plano y Silvana, optimista, se entregó al rumor grave del teclado.